



TOMO VII.—NÚM. 31.

ANUNCIOS: á precios convencionales
Número suelto, un real.

REVISTA LITERARIA.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administracion, Lepanto 18.
ORENSE.—VIERNES 20 DE JUNIO DE 1879.

AÑO VI.—NÚM. 323.

SUSCRIPCION: 5 pesetas trimestres
en toda España.

SUMARIO.

Solo! Cuadros rurales, por José Ojea.—Nicandro, por Manuel Castro Lopez.—Cantares, por J. P. Ballesteros.—Notas bibliográficas.—Revista teatral.—Ecos de Orense.—Anuncios.

¡SOLO!

CUADROS RURALES

A D. JUAN V. BARBEITO (1).

Los sucesos que vamos á referir son de una verdad irreprochable; la imaginacion tiene en este trabajo muy pequeña parte ó ninguna.

I.

Aparicio era un hombre vulgar.
La benignidad le era natural como

(1) No es solamente el entrañable afecto que profeso á esta apreciable persona lo que me mueve á dedicarle una de las pobres producciones de

cualidad ingénita y, quizá debido á esto, el destino le llamaba á dejar su nombre grabado en la memoria de todo un país. Si el génio subyuga el ánimo al leer sus grandes hechos en los broncees que la posteridad funde para él, las desgracias arrancan lágrimas, que es homenaje mas grato al corazón. ¿Quién no se sentirá conmovido sobre la tumba de Eloisa ó de Julieta?... En cambio no faltará quien, admirando el vuelo vertiginoso de la potente alma de

mi escaso ingenio; es principalmente por dar á conocer un nombre gallego, que con menos modestia, hubiera sido honra de su patria desde el espinoso pero fecundo caxipo de las buenas letras. Mi amigo Barbeito tiene un corazón ingénuo, puro y lleno de ternura para sus amigos, únicos que conocen la valía de sus conocimientos. Viviendo en un completo cenobitismo intelectual, ha adquirido sólidos conocimientos, un estilo castizo, prolijo y vigoroso, como lo prueban las sábias advertencias por él dirigidas á la Academia de la Lengua con motivo de la última edición de la Gramática, por las que mereció de aquella alta Corporacion atentas y honoríficas contestaciones.

César, Alejandro ó Napoleon, le lance maldiciones al pié del sarcófago que guarda los restos de su apocalíptica grandeza.

Aparicio subió encima de lo vulgar por la escala fatídica de las desgracias.

Durante la primera guerra del pretendiente Carlos V, tan fecunda en hechos heroicos como en dolores y llantos para la patria, nuestro hombre arrojó el hazadon y cojió el fusil de chispa.

Esto era muy frecuente por aquellos aciagos tiempos.

Por otra parte, el fanatismo era grande y si un gran número de ciudadanos preferían, por odio al trabajo, la vida azarosa, pero independiente, de las guerrillas, al cultivo sosegado de los campos; la mayor parte se lanzaban al monte impelidos por la idea de salvar su Dios y su rey; idea que, como harto sabido es, estaba colocada en la cima de una tea inflamada, y esta llamarada de discordias era llevada á todas partes por la mano egoísta de un bando fanático é irascible, y por lo tanto, sin entrañas. — ¡A! ¿quien podrá olvidarlo?

Aparicio no sabia definir bien cual de esos dos motivos era el que ejercía en él mayor dominio; lo cierto es que tenía á grande gloria ser defensor de aquella desdichada causa desde el campo del honor, segun decia él mismo con grande énfasis.

Sin embargo, un hecho concreto habia sido la causa principal que decidiera de su suerte.

Para conocer este hecho, al parecer insignificante, pero importantísimo en la vida del defensor de don Carlos, tenemos que dejar á nuestro héroe por algunos instantes.

II.

Por aquellos mismos tiempos tristísimos, un labrador poco menos que acomodado, vivía en un lugar cercano al de Aparicio, ambos lugares emclavados en el mismo distrito ó concejo.

El labrador se llamaba Sr. Liborio.

Tenía éste todas esas dotes morales,

y áun físicas, que caracterizan á los de su clase en Galicia y ademas de socarron, desconfiado y pérfido, su inteligencia era naturalmente clara y maligna; con lo que le llegaba y le sobraba, ignorando absolutamente todo lo demas, para alcanzar á poner la bala allí donde ponía el ojo.

El bueno del Sr. Liborio tenía, á su manera, la ambicion de las grandes cosas.

Y si bien comprendía que lo que cuenta San Marcos, que dijo Jesus sobre los profetas, por todas partes honrados ménos en su patria; es un dicho de mucha verdad, á él no le tentaba el ser profeta, ni mucho menos, que para profecías ya no estaban los tiempos; y creyó que si éstos tienen contra sí la santa verdad del Evangelio, en cambio los ambiciosos prosperan con mas pujanza en el propio sitio que los vió nacer, si saben aguardar el golpe para coger á la Fortuna por los escasos pelos de su mandado cráneo.

— Me haré una cosa asi como señor de horca y cuchillo — se dijo para sus adentros. — Y el fantasma de sus desmedidas ambiciones se puso á gritarle desde aquel momento.

— Si, si, eso es: señor de horca y cuchillo...

La vision estaba siempre delante de sus ojos. Por el dia le acompañaba á todas partes, y de noche se le aparecía en una forma voporosa, fosforescente, colosal, coronada la medrosa cabeza con un circulo de hierro, ademan audaz y solapado al propio tiempo, en la diestra un espadon tremendo y pendientes de la zurda unas tenazas, una ratonera y unas disciplinas ensangrentadas que daban miedo.

Y le decia:

— ¡Vamos, despacha! házte señor de horca y cuchillo.

— Pronto, pronto — le respondía el labriego, — yo quiero ser como tú, si, lo mismo que tú, lo mismo. Pero ¿cómo?

— Busca, antes que nada, un delator.

— ¿Para que? Yo seré delator.

— Con eso cuento — replicaba la vision.

— Pero ademas necesitas otro. Tú tienes

que ser juez, y de nada serviría la delación por tí firmada.

El hombre se pasó la mano por el sitio de la barba, pues no la tenía, varias veces buscándolo el sujeto. Le encontraré, ¡vaya si le encontraré! —se decía.— Puede ser que tenga que vencer algunos escrúpulos de conciencia, pero ¡buena conciencia te dé Dios! Una pequeña cantidad de dinero, muy pequeña, y una fuerte cantidad de miedo allanan estos escrúpulos, ¡valientes escrúpulos!

Por lo demás, la conciencia es un estorbo, una necedad, una preocupación.... Por fin su imaginación, abrasada por la fiebre que las palabras del fantasma le producían, se detuvo en un vecino.

—Este es bueno—se dijo.

Dióse el tal vecino de nuestro labrador tan buenas mañas para cumplir lo que se le había propuesto, que los demás del pueblo pronto le quitaron el nombre de pila, y, sin necesidad de óleos santos, de cura, de sal ni cosa parecida, le hicieron sufrir un nuevo bautismo.—La falta de la sal no impidió al nuevo nombre salir menos salado.

Pusieronle Culebron.

Culebron era alto, enjuto de carnes, un poco parecido á D. Quijote, desdentado, muy aficionado á vaciar los odres en el propio odre; y, á pesar del defecto de los dientes, gran vociferador y sempiterno parlanchín con vino y sin vino.

El Sr. Liborio dejóse llamar negro muy pacientemente. Las autoridades, sin duda con el ánimo de consolarle por lo del apodo, le concedieron favor omnimodo; ó tal vez por necesidad, que tales eran los tiempos, llegaron á vincular en él su representación; y así fué creciendo hasta cumplir lo que el fantasma, objeto de sus caricias, le había ordenado.

Un día apareció vestido de luenga chupa, como los señores; y, aunque aseguran muchos contemporáneos que se presentó un poco embarazado y en demasía cosido dentro de sus novisimos arreos, lo cierto fué que desde entonces hizo y des-

hizo á su antojo, con el auxilio de Culebron, dentro de los llanos y de los encrespados montes que formaban el concejo que regia con mano fuerte y avariciosa.

JOSÉ OJEA.

(Continuará.)

NICANDRO.

A LA MEMORIA DEL POETA GALLEGO.

FRANCISCO AÑON Y PAZ.

I.

Entre los muy vistosos paisajes, que rodean la capital de la provincia en que se meció la cuna del insignisimo Pastor Diaz, existe una carretera, inmediata á la cual encuéntrase situada la histórica casa de baños: por un extremo de aquella, caminan con ligereza benéficas aguas del Miño, despues de interponerse algunos metros de terreno, poblado de árboles agradables y cubierto de yerbecillas; y, en el extremo opuesto, hay peñas, bastante elevadas.

Serian las cinco, menos cuarto, de linda mañana de Mayo, ese mes mas delicioso del año, cuando Nicandro, jóven singular, se hallaba en la carretera dicha.

Si, algun conocido suyo, le hubiese visto to allí, seguramente se extrañaria como si un amigo no hiciese lo que le prometiera.

Nicandro, desde que, hacia mucho tiempo, descendiera al sepúlcro su amadísimo padre, jamás salia de casa, escepto al ir á la oficina, pues era escribiente de un funcionario público, de la que, despues de trabajar, regresaba sin la menor detencion, á su morada.

Sus compañeros andaban por las calles, y se enamoraban de hermosas jóvenes, y en las tabernas, dulcerías y cafés, derrochaban dinero; que acaso sus padres necesitarian para comprar pan, mientras Nicandro leia los diferentes libros, que á su inolvidable padre regaláran; y hasta los dias festivos, nada mas que en la grandiosa catedral lucense se le veia al oír misa.

Cualquiera, que se fijase en su descolorido rostro y en sus ojeras; ojeras y descoloramiento originados por continuos desvelos, diria, que parecia uno de esos jóvenes que

en estos tiempos cometen, por desdicha, torpezas dignas de la mayor reprobacion.

Várias veces su madre le encarecía cesase de estudiar tanto, pues, probablemente caería enfermo, si no hacia lo que le aconsejaba; pero luego accedía á los vehementes deseos de su hijo, porque, entonces, éste la decía con humildad extremada, que no hallaba placer mas grato que él á que se entregaba.

Una noche, no tenia Nicandro ansiedad de cenar, y Marina, á pesar de que sus vecinos la manifestaban que como tal madre le hiciese cumplir sus mandatos, llorosamente volvió suplicarle abandonase los libros como si fuesen perjudiciales. Entristecido el mismo por el disgusto que le causara, no le fué posible dormir en la cama, donde se echó luego de las nueve, hasta esa hora de la noche en que el gallo comienza á cantar anunciando el nuevo dia; mas, una deliciosa musiquilla, compuesta de una flauta y algunos instrumentos de cuerda, tocados por adolescentes, que atravesaban la plazuela en que vivia, le despertó, no volviendo á cerrar los ojos; y al desaparecer el velo que oculta la luz, iluminadora de la tierra, se levantó, y se dirigió á las muy recreativas márgenes del Miño, entre tanto su madre, encontrábase, por lo que pronto sabreis, mas afijida que nunca.

El ruido dulcísima del rio; los pajaritos gorjeadores, distraían el ánimo de Nicandro, que seguía la carretera.

Desaparecían los peñascos y veíanse tierras, de que se elevaban arbolitos que las adornaban.

Bajo de éstas á aquella, un hombre de bastante edad, ciego y mendigo, al cual guiaba infeliz niño, que tiraba de un palo al que, tal pobre se agarraba. Acompañábales una muger, quasi tan graciosa como Eloisa; su edad apenas llegaría á cinco lustros; su vestido tan elegante como el de una señorita demostraba que no era compañera de quienes imploran limosna, ni aldeana.

No bien la contempló Nicandro, anheló, mas que el actuarlo desea no se transijan las partes ricas que sostienen el pleito ante el pendiente, permanecer, no breve tiempo, admirando á la jóven hermosísima.

—Padre,—dijo el niño;—yo observo que ese rio, susurra menos que otros, que oíríamos.

—¡Caramba! ¿Aun no sabes tu, hijo mio cual es la causa que motiva lo que observas?

—Todavía no, señor; cuéntemela usted padre.

—Te la diré. Un dia, la Virgen, á quien

perseguian los irreflexivos, judios, pasaba el rio, que ami lado derecho suavemente murmuraba, llevando, en los brazos benditos de ella, el Niño glorioso: rugia, cual la soberbia mar, tal rio, y la Virgen mandó, para que no se despertase su hijito, que dormia; mandó, digo, cesar, y desde entonces cesó, la ira terrible del Miño.—

El autor de éstos apuntes, ha oido, diferentes veces, á personas ignorantes, esa tradicion.

—Sírvase usted,—dijo Nicandro al anciano, á quien se acercó;—no volver á decir lo que acaba de contar, porque es completamente inexacto.

—¿Quién es el que me réplica?

—Un señorito, contestó el niño, á la vez que Nicandro:

—Un adolescente que respeta á V., como á todos, pero qué, donde quiera que se halle y vea cometer errores, trata de desvanecerlos.

—¡Ah! Usted quiere negar lo que mis padres, mi abuelo y mis vecinos mas ancianos me han referido!

En aquel instante, comenzó á llamar á á los fieles una campana de la pequeña iglesia de San Lázaro, pueblecillo no lejano.

—Hijo,—continuó el desgraciado ciego;—caminemos para llegar sin demora, á la iglesia; y V., jóven crea, que es positivo cuanto expresé, como positivo es, que... ¡todos hemos de morir!

—Ahora,—dijo, el niño á la jóven,—tenga usted la bondad de retirarse, aunque no sé el camino que va á San Lázaro, pero que, Dios mediante, me enseñará cualquiera persona; y le doy mil gracias, porque me ha conducido á esta carretera.

El ciego y el lazarillo, marcháronse; y Nicandro preguntó á la jóven:

—¿No es verdad, hermosa, que ese pobre hombre es como los desdichadamente faltos de instruccion digno de que se le compadezca en extremo?

—¡Oh, sí! pero usted no me llame «hermosa,» pues, aunque la fuese, no me enorgullecería de ello.

—¡Ah!...—exclamó Nicandro; y luego dijo;—Usted se diferencia de las muchísimas vanidades que hay en la época actual.

La jóven, ya principiara á encaminarse á la cercana casita de donde habia venido; Nicandro no la dejó sola; la amaba tanto, ó acaso más, que al corazón anyo. Y nada extraño era que así, la amase ya; desde habia un mes, adoraba mentalmente, á una muger de hermosura sin comparacion en este mundo venturoso. Y aquella muger, le pare-

cia aquella á quien dirigia hondas miradas, lo propio que se parecen dos números de un mismo periódico y día. Como el que es por completo ciego, ansia ver cuanto le rodea, de igual manera anhelaba que le tuviese cariño semejante al que la profesaba. No se atreva, sin embargo, á expresarla de repente, deseo tan grande.

Pasaron algunos minutos.

Al fin, exclamó Nicandro:

—¡Contempládo, simpática, su rostro singular, gozo mas, excesivamente mas, que leyendo uno de mis estimadísimos libros!

—Yo,—replicó sonriéndose aquella,—creo que V. está delirando como un enfermo.

—Y yo sé muy bien, que si V. me conociese, no pronunciaria esas palabras: nunca pensé decir lo que no siento. Ahora bien; ¿dignaráse usted responder con verdad (y no se ofenda por que la dije «con verdad») á una pregunta que voy haciendo?

La jóven contestó afirmativamente.

Nicandro y ella, ya habian llegado á la cima de una parte de los terrenos, que están pendientes y entre peñas al lado de la carretera. De improviso observó la hermosa mujer, que su tío cortaba leña en una arboleda próxima, é hizo á Nicandro una seña indicativa de no agrada á aquel, que la acompañase ningun extraño; y casi tan pronto como pesada bola que se dejase caer desde tal cima, encontróse Nicandro en el camino, antes mencionado. Sentóse sin intermision, en asiento de piedra: pensaba recorrer, al día siguiente, la próxima aldea, con el pensamiento único de interrogarla acerca de su amor y como no dudaba de que sus aspiraciones harianse de realizar, pensaba no menos, ser inmensamente feliz; mas, despues de meditar durante unos momentos al cabo del cual regresaba á su hogar, se dijo:

—¡Ah! Es preciso extraordinariamente, esto preciso matar la inconcebible pasion amorosa, en el alma mia anida; es necesario que nunca, nunca me acuerde de la jóven á quien acabo de ver. Ansiaba no apartarme jamás de su lado, lo cual es difícil, imposible; soy pobre. Rara vez los pobres que contraen matrimonio con ricas, poderosas, hallan tranquilidad en su morada. Además —y esto es sumamente peor—á esa mujer acaso no le falta ya novio. ¿Quién, si no el, regalóle sorprendentes sortijas que sus manos delicadas embellecen? ¡Ah! yo no me fijé en ellas hasta el mismo instante en que se separó de mi; si se las hubiese visto antes,

no la tendria el menor afecto: no; que seguramente un demócrata no aborrece tanto la repugnante tirania, como yo aborrezco á quienes, cual esa mujer, se adornan con excesivas joyas. ¡Que alegría tan inmensa causaria á pobrisimo vergonzante, tener el dinero con que se han adquirido! ¡Cuantas veces bendeceria, aquel á la buena persona que le diese éste! Es verdad que tal jóven, parece ser amiga de los miserables, modesta en demasia; pero me imagino que ha de haber otra á quien por su mas grande belleza, por su mucha virtud, tendré amor estremadísimo, cuando yo no carezca de cuanto para vivir es menester, y, sobre todo cuando deje de ser tan jóven. El que ama con verdad á la mujer, no puede estudiar bien: yo quiero continuar revolviendo libros; para ello, ninguna ocasion tendré mejor que la presente; ocasion de la cual espero aprovecharme muy mucho.

II.

La mañanita que Nicandro por vez primera despues de bastante tiempo, salió de su domicilio, á fin de, paseándose, complacer á su madre, esta ya estaba esperando en union de algunas mujeres, á que abriesen la puerta principal de una de las iglesias en que, como aquellas y otras oía y oye el Santo Sacrificio de la Misa, y, siguiendo los consejos de Sacerdotes, recibia y recibe no menos cada dia, la comunión sagrada. Marina y sus compañeras hablaban, como en los rios cuando lavan la ropa, y mientras se cuece el pan, en el local donde se hallan los hornos, de cuanto actualmente sucedia de noble. Una vieja muy beata, refiriéndose al único hijo de Marina, ladijo, que: tanto se desvelaba por lo que nada le importaria, que su vida se extinguiria precipitadamente. Y la mala vieja, que envidiaba, no sabemos por qué á la pobre madre de Nicandro la cual ignoraba que existiese tal envidia, tenia placer extremado, al decir eso, aunque aparentaba otra cosa. Tan inmenso desagrado produjeron aquellas palabras en el ánimo de Marina, que, pretestando ésta, á las que la acompañaban, que se sentia ciego indispuesto retiróse de súbito, á su casa, porque era imposible estar con la debida atencion á la ceremonia religiosa.

• Cuando Nicandro regresó á dicha casa, desde el portal de la misma, se apercibió de que, en una sala del piso principal, su madre gemia como si hubiese tenido una desgracia extraordinaria, y de que lloraba sobremedera, exclamó inmediatamente:

—¡Que ocurre, Dios mio!

Y, corriendo se dirigió á la sala, é hizo igual pregunta.

—Ocurre,—contestóle la madre,—que todo el mundo me dice siempre, que vas á morir, porque se cree que la tisis ya se apoderó de ti.... y si eso, por desdicha sucediese ¿quien habia de mantenerme despues?... Para que puedas formar una idea del dolor que me originas, te diré que, ese dolor es mas grande, mucho mas grande que el que padeci al fallecer tu muy estimadisimo padre, el inolvidable esposo mio, y... ¡jamás me entristeci tanto como entonces!.... ¡Hasta hoy nunca pensé verme un tiempo obligada á mendigar!... Pero yo, que carezco hoy hasta de 200 rs., preferiria que tu no te separases de mi, á tener muchos millones de duros...

Y, la impróspera Marina, escondia su bello rostro entre sus manos, que se humedecian con las lágrimas, que, de sus ojos brotaban.

E improvisada, muy improvisadamente cesaron sus pesares y regocijóse lo mismo que se regocijaria un hambriento en el acto de recibir de manos de un caritativo raro, inesperada onza de oro, porque su hijo hubo de convencerla de que todavia estaba sanísimo; que no dejaria de acordarse de:

«Que el estudio continuado,
Y hasta el extremo llevado
Perjudica á la salud.»

y que de seguro haria lo que, éstos otros versos, que como aquellos, habia leído, cuando niño, en la escuela decian:

«Asi el estudio y lectura
Con el descanso concilia,
Que el desarreglo y vigilia
Marchitan la juventud.»

MANUEL CASTRO LOPEZ.

CANTARES.

Non dés créto, rapariga,
A quen dí que por ti pena
Qu' ó parolar d' algus homes,
Neniña, ténche cangrena.

De todiañas as vertudes
Que nos mandan prauticar,
Farruco, á mais traballosa,
Eche, á vertu de calar.

Meniña si me escoitaras :
A min que te quero moito,
Dixerache catro cousas,
Unha dúcea, ou dazaquito.

Non te fixes ti n-as veces :
Qu' as cousas pasan, Anton,
Qu' a primeira vez que pasan,
Antes non pasaron, non.

Non choro perder os cartos :
A salú, nin a pacencia,
Mais choro ver encollida,
N-os preitos, miña concencia.

Non te embarques, non, meu fillo,
Non deixes a tua nai,
Ti eres a lus d'os meus ollos;
Mira, que morreu teu pai.

Desde esta terra deixache :
Soño en irme tras de ti
Voar sin alas non podó,
¡Son probe, non podó ir!

Non me veñas ti con falas ;
Pois de Xan o amor perdin
Si son en tan confiada
Non fagas bulra de min.

Entendo que non me entendes :
Pois eu ben crariño falo
A que qué, que mais me espriquo,
Teresa, si ves que estalo.

En ningures teño alento
Dendes, que, quedei orfiño;
Si tu non me dis que si,
Morrerei de contadiño.

J. P. BALLESTEROS.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA acaba de publicar el 14, que es el tomo II y último del *Manual de Industrias químicas inorgánicas*; por el reputado Ingeniero Industrial D. Francisco Balaguer.

Nada podemos decir de la importancia que entraña esta obra para el desarrollo de las industrias químicas que no hayamos con-

signado, ya en el juicio que formamos al aparecer el primer tomo.

Lo interesante, sin embargo, de las materias que abraza este segundo nos resuelve, seguros que nuestros suscritores comprenderán su utilidad, á extractar el índice, que es como sigue: Carbonato de potasa.—Salitre.—Acido nítrico.—Los varechs.—Alumbre.—Ultramar artificial.—Compuestos industriales del oro, plata, mercurio, arsénico, antimonio, cromo, plomo, zinc, cobre, cobalto, estaño, hierro, y manganeso.—Sales amoniacales.—Fósforo con la preparacion del amorfo.

Felicítamos cordialmente al Sr. Balaguer por el servicio que presta al país con una obra tan interesante cuanto necesaria para nuestros industriales, faltos como están de libros de esta naturaleza, así como al señor Estrada por el acierto que demuestra en la eleccion de las personas que han de llevar á efecto una empresa tan gigantesca!

La forma es elegantísima: un tomo de 240 páginas en 8.º, buen papel, clara impresion, ilustrado con una magnífica lámina litografiada en un pliego apaisado, completándolo una caprichosa cubierta al cromo.

Suscribiéndose á la BIBLIOTECA, cada volumen cuesta *cuatro reales*, y los tomos sueltos se venden á *seis* en la Administracion, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid.

REVISTA TEATRAL.

Anteayer inauguró sus tareas, en el Coliseo de esta ciudad, la compañía de zarzuela que dirige nuestro querido paisano el eminente baritono D. Maximino Fernandez, con *El Toque de Animas*, y ayer se puso en escena *Marina y Tocar el Violon*.

Séanos permitido hacer abstraccion completa del mérito de los artistas que forman la compañía y del valor de las obras representadas, para ocuparnos solamente del notable artista que ha nacido en esta poblacion, que há pasado los primeros años de su infancia en los mismos lugares en donde rodó la nuestra, y es hoy un legítimo orgullo y una gloria de la ciudad orensana.

Maximino Fernandez es un artista consumado: los mas ilustrados públicos de España, le han rendido el tributo de sus aplau-

sos, han coronado sus sienes mas de cien veces y cuenta las ovaciones por millares. Su ambicion de gloria debía estar satisfecha, porque todo lo que es, y vale á sus propios esfuerzos lo debe, y por que solo á costa de su talento y mérito se ha encumbrado hasta las alturas del arte. Sin embargo, en su corazon existia un vacío que nada podia llenar. El ruiseñor que encanta con sus gorjeos los frondosos bosques de un país extraño, no encuentra satisfaccion á sus ansias, sueña con los vergeles de su pátria y suspira por alzar en ellos sus armoniosos cantos. Tal le sucedió á Maximino Fernandez: deseaba añadir á sus triunfos las coronas y aplausos de su pueblo natal, para él mas queridas y valiosas por que se hallan perfumadas con los encantos y recuerdos de su niñez.

Orense, por su parte no ha permanecido indiferente, y há demaistrado de una manera ostensible que tiene en alta estima á los hijos que lo enaltecen. Al aparecer por primera vez en escena el Sr. Fernandez, fué saludado con una salva de aplausos y victores tan estrepitosos como espontáneos. En aquel saludo entusiasta, pudo advertirse la admiracion rendida al artista y las simpatias y cariño manifestadas al paisano que regresa á sus hogares cubierto de gloria. Mucho debió gozar el sensible corazon del Sr. Fernandez, idólatra por su país, al recibir en su pueblo natal tan justa como merecida ovacion; al ser recibido con tanto y tan general entusiasmo en el mismo local en que siendo niño y ocupando una posicion modesta habia recibido una medalla de plata de manos de su profesor, como premio á sus estudios y afanos.

El Teatro nunca se ha visto ocupado por tan escogida concurrencia excepcion hecha del certámen literario celebrado en honor del P. Feijeó, como en la presente temporada. Casi todas las localidades se hallan abonadas y es digno de advertir que respetables personas que por su ancianidad y sus achaques se hallaban imposibilitadas de asistir al Teatro, fuesen las primeras en abonarse, dándole así una señalada muestra de la estimacion y cariño que le profesan.

Si Orense no hubiese dado pruebas de su ilustracion y cultura y de amar á sus hijos, en la presente ocasion, podriamos apreciar sus virtudes.

El Sr. Fernandez está siendo objeto de las mayores deferencias por parte de este público, lo cual es para nosotros causa de íntima satisfaccion, porque hace tiempo que le amamos, y tenemos en mucho sus relevantes dotes atísticas.

Ayer en la representación de *Marina*, nuestro querido paisano ha sido calurosamente aplaudido, sobre todo cuando cantó con la maestría con que él sabe hacerlo siempre, las siguientes coplas á instancias del público:

Seméllanse as mulleres
 'As alcachofas
 Canto mais se remexen
 Teñen mais follas:
 Si elas quixeran,
 Eu, con follas e todo,
 ¡Ay! que as comera.

A muller os quince anos
 Solo é piruaga,
 'Os vinte évos corbeta,
 Dempois, fragata;
 E naide iñora
 Que en chegando os corenta
 Vólvese voya.

Botan de cote as Burgas
 Auga fervendo
 Y-as ourensanas teñen
 Lume no peito:
 ¡Quen non se queima
 Vendo eiquí tan xuntiñas
 Tantas fogueiras!

Gústame moito a xente
 Da miña terra
 Pero inda mais me prace
 Verme con ela:
 Meus paisaniños
 Non sei como pagarvos
 Tanto cariño.

Estas coplas fueron frecuentemente interrumpidas por los frenéticos aplausos de la concurrencia á quien agradó en extremo lo oportuno que estuvo el Sr. Fernandez al cantar en la dulce y armoniosa lengua de su país.

Enviamos nuestro cariñoso y fraternal saludo al eminente barítono, que, abandonando esta población en los primeros años de su vida, sin porvenir y sin nombre, torna á ella con un nombre y un porvenir gloriosos, solo con el afán de unir á sus repetidos triunfos los aplausos del pueblo en que ha nacido y que guarda los mas santos y queridos recuerdos de su alma.

EGOS DE ORENSE.

En la sesión celebrada en la Excm. Diputación provincial el día 16 del corriente, entre otros se han tomado los siguientes acuerdos:

Nombrar Ayudante de caminos provinciales á D. Eduardo Macia.

Declarar cesante á D. Manuel Gomez, Director de los Establecimientos de Beneficencia y nombrar en su reemplazo á D. Leopoldo Meruéndano.

Declarar cesante á D. Perfecto Rodriguez Quiroga, nombrando para ocupar la vacante á D. Agustin Civeira, auxiliar de dicha corporacion.

Para esta á D. Celestino G. Labrada, auxiliar tambien.

Y para esta á D. Mariano Madrigal, empleado del Gobierno civil.

Para cubrir una plaza vacante en Beneficencia se empleó á D. Luis Erenas, cesante de Hacienda.

Han llegado á esta capital y hoy se hallan recorriendo las obras del ferro-carril de Orense á Vigo, comprendidas entre esta ciudad y Salvatierra, los Ingenieros Mr. Pablo Boucher de la Martiniese y Mr. Ernesto Mounier, enviados con tal objeto por la sociedad del *Crédito Catalan*. Ya no cabe duda que esta Sociedad se encargará de la terminacion de dichas obras, y que una vez calculado su importe por los Ingenieros, se emprenderán con tal actividad los trabajos, que pronto tendremos la satisfaccion de que una locomotora nos transporte en pocas horas á las orillas del Atlántico.

La actividad vertiginosa con que dicha sociedad ha desarrollado otros trabajos análogos, pero de muy superior importancia en los ferro-carriles de San Juan de las Abadesas y Bordeaux; y los inmensos capitales de que dispone, son la mejor garantía que puede darse de la no lejana, pero muy deseada terminacion de la via.

Esto se dice, y quiera el cielo que no vea el país defraudadas estas últimas esperanzas que en su agonía se le presentan.

En la penúltima lotería celebrada en Madrid, fueron premiados con 5.000 pts. cada uno, dos billetes expendidos en la Administración del Sr. Murias, establecida en la calle de Alba de esta ciudad.